

EL LENGUAJE: DEL ESTRUCTURALISMO A LA DECONSTRUCCIÓN

LANGUAGE: FROM THE DECONSTRUCTION STRUCTURALISM

Ortiz Casallas Elsa María

eortiz112012@hotmail.com

Profesora de la Universidad del Tolima

Magíster en Lingüística Española

Candidata a Doctora en Educación-Énfasis Lenguaje

“El sistema del oírse hablar a través de la sustancia fónica –que se ofrece como significante no-exterior, no-mundano, por lo tanto no-empírico o no-contingente- ha debido dominar durante toda una época la historia del mundo, ha producido incluso la idea de mundo, la idea de origen del mundo a partir de la diferencia entre lo mundano y lo no-mundano, el afuera y el adentro, la idealidad y la no idealidad, lo universal y lo no-universal, lo trascendental y lo empírico, etcétera” (Derrida, 1971:12)

Resumen

Este artículo intenta abrir un debate en torno a la concepción estructural, metafísica y binaria del lenguaje, y a la perspectiva deconstructiva de este, en un contexto de formación educativa. Para tal efecto, posiciona en primer lugar el lenguaje como un elemento fundamental en el desarrollo socio-intelectual del individuo; seguidamente se enuncia la influencia que ha tenido la filosofía occidental, estructural y binaria sobre el pensamiento contemporáneo, en clave educativa, y finalmente se argumenta la necesidad de una dimensión deconstructiva que posibilite nuevas miradas y nuevas lecturas de la realidad.

Palabras clave: lenguaje, estructuralismo, deconstrucción, educación.

Abstract

This article attempts to open a debate on the structural design, and binary metaphysics of language, and deconstructive perspective of this, in a context of educational training. To this end, ranks first language as a fundamental element in the intellectual and social development of the individual, then sets out the influence it has had Western philosophy, structural and binary on contemporary thought, educational perspective, and finally argues the need for a deconstructive dimension that enables new looks and new interpretations of reality.

Keywords: language, structuralism, deconstruction, education.

El hombre es en esencia lenguaje, diálogo e intersubjetividad; por tal razón éste juega un papel decisivo en la formación y en el desarrollo de procesos socio-cognitivos, toda vez que permite desarrollar en el sujeto mayores niveles de conceptualización y, en consecuencia, mejor capacidad para simbolizar, recrear y transformar la realidad. (Vygotsky, 1995). El lenguaje, así, ha sido objeto de análisis y reflexión de muchas escuelas y disciplinas y ha suscitado sobre todo en el ámbito de la epistemología moderna las más diversas controversias. Así es como, la filosofía occidental “fonocéntrica y logocéntrica” ha ejercido gran influencia en el pensamiento moderno y en particular en el representar contemporáneo. Los griegos privilegiaban la “voz viva” y miraban con gran sospecha la escritura. Según ellos, la “voz” encarna el alma del hablante, es decir, las palabras implican la presencia inmediata del dicente. En cambio, el texto impreso no necesita la presencia del escritor pues posee una existencia material y puede ser aprovechado e interpretado de muchas maneras:

“De tal manera, en el interior de esta época, la lectura ay la escritura, la producción o la interpretación de los signos, el texto en general, como tejido de los signos, se dejan confinar en la secundariedad. Los precede

un sentido ya constituido por y en el elemento del logos” (Derrida, 1971:21).

En el lenguaje la idea de “estructura” remite, a la búsqueda de un centro, algo que justifique plenamente la vida de los signos. En “teleología” dicho centro es el telos o fin y desde allí se preordenan causal y jerárquicamente los significados a la luz de una meta final. Así los significantes logran reflejar dócilmente los significados. La estabilidad y unicidad en el sistema es fundamental. El signo no puede descentrarse y contaminarse de sentidos. (Derrida, 1971).

Concomitante con lo anterior, es pertinente mencionar que en general, el lenguaje y el pensamiento occidental ha sido construido igualmente sobre un sistema de diferencias organizadas y un método de oposiciones binarias: blanco/negro, bueno/malo, derecha/izquierda, sagrado/profano, en donde, el primer término es privilegiado y designado como la norma del significado cultural, creando una jerarquía dependiente y marginal, “El segundo término realmente no existe fuera del primero, sino que existe dentro de él, aunque la lógica falocéntrica de la ideología supremacista blanca nos haga pensar que existe fuera y en oposición al primer término” (McLaren, 1997:158).

Semejante concepción metafísica y excluyente del lenguaje ha hecho que el individuo siempre vea el mundo en blanco y negro, además que busque y dependa de un centro o esquema convencional sin el cual le es imposible pensar y, menos, proponer algo distinto. Ese deseo de aceptar, en clave de sumisión, los significados preestablecidos por la ideología dominante es según Zuleta (1982), lo que procura la lectura instrumental o de consumo y según Nietzsche lo que abre paso a ese deseo absoluto de ser siempre individuos dominados y alineados. Es cierto que vivimos bajo el

imperio colonial del lenguaje, pero ello no implica que no podamos desafiar su estructura e imponer un orden distinto.

En esta línea, anteriormente se pensaba que el lenguaje tenía como única función “representar” el mundo. Esta mirada lógico positivista del lenguaje consideraba que los únicos enunciados con verdadero sentido eran aquellos que describían un estado de los acontecimientos del mundo. “Los enunciados descriptivos o asertivos, desde una perspectiva discursiva, pueden asimilarse a los que Austin llamó enunciados constatativos, con función descriptiva y valor lógico, y opuestos a los enunciados performativos, que no tienen valor de verdad y que se utilizan más para hacer que para decir”. (Lozano, et all, 1989. P: 61).

La teoría de los actos de habla de J. L. Austin (1971) puso en aprietos esta concepción logocéntrica del lenguaje al reconocer que lo hablado no necesariamente tiene que representar algo para tener sentido. Además, las llamadas aserciones puestas en contexto se pueden convertir fácilmente en enunciados performativos, pues el decir representa casi siempre una forma del hacer. Y es que el lenguaje manifestado en la tangibilidad discursiva no se compone sólo de estructura lógica, sino que dicha acción discursiva lleva implícita una cultura, una identidad y una ideología. Lo anterior muestra el gran nivel de complejidad que representan los actos de habla, los cuales expresan simultáneamente un contenido proposicional, la oferta de una relación interpersonal y una intención del hablante. Es decir, que el lenguaje además de representar el mundo, sirve como instrumento de comunicación, de pensamiento e interacción social.

Es utópico pensar en la transparencia y objetividad del lenguaje. Ningún significante logra sujetar del todo su significado, pues cuando éste intenta llegar allá se transforma inmediatamente en un nuevo significante -semiosis infinita- (Peirce, 1988). Dicho de

otra manera, no existe tal unidad bifásica en el signo lingüístico (Saussure), ya que en el juego circular de presencia y ausencia hay algo que queda siempre en suspenso. El texto constituye así una urdimbre compleja de ecos, resonancias y sentidos que jamás se agota. “según Derrida, todo lenguaje despliega ese excedente que se halla encima del significado exacto y amenaza siempre con extralimitarse e ir mas allá del significado que se propone encerrar”. (Eagleton, T, 1983. P. 163).

Lo anterior indica que el lenguaje no es tan sistemático y estable como los estructuralistas clásicos lo habían afirmado. Si el pensamiento dualista puso entre paréntesis el problema de la referencia, el proceso al que ahora me refiero intenta separar el significante del significado falseando así la propia lógica del texto. Si bien es cierto no podemos despojarnos totalmente de ese “centro” sí podemos deconstruir esa red de oposiciones y principios que sugiere el texto. Esto significa que el sentido no viene dado ya empíricamente, sino que surge de un proceso de división y articulación de significantes intentando socavar los principios disciplinados del significado:

“Actualmente el juego va hacia sí mismo borrando el límite desde el que se creyó poder ordenar la circulación de los signos, arrastrando consigo todos los significados tranquilizadores, reduciendo todas las fortalezas, todos los refugios fuera-de-juego que vigilaban el campo del lenguaje. Esto equivale con rigor a destruir el concepto de signo y toda su lógica”. (Derrida, 1971:12)

Sin duda, la fragmentación del discurso, los tropos y las ambivalencias destruyen la representación clásica realista. El signo pierde su carácter transparente y vinculante con el lector y logra desmontar y desafiar la enciclopedia del receptor ingenuo: “Desconstrucción es el nombre que se da a la operación crítica por la cual se pueden socavar en parte esas oposiciones, o por las cuales se puede ver que se socavan mutuamente en el proceso del significado textual”. (Eagleton Terry: 1983. P. 161.).

En efecto, la deconstrucción plantea metodológicamente una nueva forma de acceder al texto, la cual no armoniza fácilmente dentro de las categorías de un enfoque clásico convencional. Sin duda el acto hermenéutico deja de ser una actividad ingenua y deliberada para convertirse en un proceso intelectual denso y ético. Ello implica renunciar a la forma usual y tradicional del comprender y del interpretar en la cual se toma dócilmente en serio la inmediatez de la palabra o del discurso que nos interpela.

La filosofía desconstruccionista reconoce, así mismo, la cultura como un texto compuesto dialécticamente de intertextualidades inestables, lo cual resulta coherente con los cambios que operan en la ciudad mundo. Sin duda, ha variado la relación del hombre con el mundo, con la vida y el conocimiento. Las identidades se han reestructurado, como también los valores, los estilos de vida y sensibilidades. Definitivamente ha cambiado la relación con el “otro” e incluso la mirada sobre sí mismo y sobre el sistema.

Sin embargo, en materia de educación, lo anterior no parece afectar mucho. Los modelos pedagógicos continúan siendo paradigmas normativos, estables, ideales, y bilaterales. Todas estas características, que al parecer, representan la antítesis del pensamiento desconstruccionista. En otras palabras, el logofonocentrismo como ‘telos’ de la enseñanza del lenguaje y las disciplinas, parece continuar arraigado en las Instituciones Educativas. De ahí, que se siga postulando y apostando a una realidad social, lineal, jerárquica, homogénea y sumisa. Una sociedad disciplinada, idealizada e imaginada por un reducido número de expertos quienes dicen y predicen bajo enfoques tecnocráticos y lineales, qué y cómo hacer, desconociendo las contingencias e incertidumbres que suelen ocurrir en los procesos, e ignorando las subjetividades de los actores que son la fuerza creativa que en últimas posibilita o imposibilita los cambios. Resulta irónico considerar la escuela como escena discursiva estable: un

lugar donde todo suele acontecer normal, pasiva y rutinariamente, como si el curso de la vida fuera una cadena de causas y efectos y no, en esencia proceso, incertidumbre, azar, irrupción, interpretación y construcción permanente; esto es: terceridad (Peirce, 1987).

Repensar la praxis pedagógica implicará, entonces, desbordar el límite del pensamiento estructural y binario que ha caracterizado en buena parte el marco epistemológico de las ciencias. En efecto, seguimos siendo confrontados con nuevos fenómenos y realidades complejas, a las cuales hay que responder y reaccionar con nuevas categorías de análisis, nuevas lecturas y enfoques. El profesor hoy no puede seguir siendo un dogmático, sino un maestro inteligente con ética, dispuesto a confrontar, encarar y postular soluciones a las dificultades que ofrece el contexto híbrido de la modernidad y la postmodernidad: “Un programa educativo no puede plantearse sin tener en cuenta un proyecto social y educativo cohesivo: ¿Educar a quien y para qué sociedad? ¿Investigar qué y para lograr qué tipo de sociedad?, ¿Enseñar qué y para lograr qué? (Martínez M, 1998:7).

BIBLIOGRAFIA

Austin, J.L. 1971. How to do things with words. Ed. O.J. Urmson, Oxford Univertisy Press, Oxford.

Chomsky, N.A. 1974. Estructuras sintácticas. México: Siglo XXI.

Derridá, Jacques. 1971. De la gramatología. Trad. O del Barco y C Ceretti. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

Eagleton, Terry. 1983. Introducción a la teoría literaria. México: Fondo de Cultura Económica. Traducción de José Esteban Calderón.

Lozano, J, et all. 1989 Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual. Madrid: Cátedra.

MARTINEZ, María Cristina. 1998. La construcción discursiva de la realidad: una propuesta discursiva e interactiva de la significación. Escuela de Ciencias del Lenguaje. Universidad del Valle

Peirce, Ch. S, 1987. Obra lógico semiótica, Taurus, Madrid.

Peirce, Ch. S, 1988, El hombre un signo, Crítica, Barcelona, trad. de J. Vericat.

Zuleta, E. (1982). *Sobre la lectura*. Recuperado de http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/articles-99018_archivo_pdf.pdf

Vygotsky Lev. (1995). Pensamiento y Lenguaje. Barcelona: Paidós.